

# Históricas Digital

Beatriz Rojas

“Historia regional”

p. 313-319

*Cincuenta años de investigación histórica en México*

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## HISTORIA REGIONAL

BEATRIZ ROJAS

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

Se me pidió hablar de los métodos y los planteamientos teóricos de la historia regional. Encuentro dos formas de abordar la cuestión: primero, hacer un repaso de las razones y circunstancias por las cuales este tipo de investigación se desarrolló y, después, señalar cuáles fueron los problemas teóricos y metodológicos a los que se ha enfrentado.

En un texto de Lucien Febvre citado por Luis González se lee: “Nunca he conocido y aún no conozco, más que un medio para comprender bien la historia grande. Este medio consiste en poseer a fondo, en todo su desarrollo, la historia de una región.”<sup>1</sup>

Ésta es una verdad de a kilo a la que los historiadores mexicanos no llegaron directamente, sino que se dedicaron primero a reconstruir la historia nacional. Esta situación se debió en parte a que la profesionalización de la historia ocurrió justamente en el siglo de la conformación de los nacionalismos y el historiador se vio implicado en este proceso y, por lo tanto, obligado a olvidar los particularismos de nuestra patria, para privilegiar la unidad y cohesionar a la nación mediante el discurso histórico.<sup>2</sup> Así entendemos la perspectiva adoptada por nuestros historiadores de finales del siglo XIX y principios del XX: como una reacción al peligro de la desintegración. Los propios títulos de sus obras así nos lo muestran: *México a través de los siglos*. *La evolución histórica de México*.

Ciertamente a finales de la centuria pasada encontramos historiadores que abordaron la historia local y la historia de los estados, pero se trató de una historia elaborada desde la periferia, mientras los historiadores de la capital estaban inmersos en los problemas nacionales. El compendio histórico de Zacatecas de Elías Amador, los trabajos de Pérez Verdía y de Alberto Santoscoy sobre Jalisco y la obra de Primo Feliciano Velázquez acerca de San Luis Potosí,

<sup>1</sup> Luis González, “Terruño, microhistoria y ciencias sociales”, en Pedro Pérez Herrero, *Región e historia en México, (1700-1850)*, México, UAM-I-Instituto Mora, 1991, p. 33; Jorge F. Hernández, “Ante el paisaje de la historia”, en *Semanario Cultural de Novedades*, año IX, v. IX, n. 464, 10 de marzo de 1991.

<sup>2</sup> En cuanto a esto, *cfr.* los trabajos de A. Lira sobre la profesionalización del historiador.

entre muchos, son una primera versión de la historia patria vista desde el interior, un adelanto al conocimiento de la historia regional y, hasta la fecha, el sustento de Muchos otros estudios que se siguen realizando: quien no pasa por Primo Feliciano Velázquez no podrá entender el desarrollo de la gran región de San Luis Potosí. Estas obras y muchas más que les siguieron abrieron camino a una historia de México vista desde las regiones, una historia que no tenía nombre específico ni metodología, pero que constituyó sin duda la base de lo que ahora nosotros llamamos historia regional. Fue también a finales de siglo cuando se emprendió la elaboración de geografías estatales en respuesta al interés por estudiar el país en su diversidad.

Tal evolución de los estudios de carácter local, estatal o regional, resultó truncada por la Revolución, hecho que se convirtió en un nuevo reto para el historiador, colocado ante la necesidad de explicar este nuevo acontecimiento que rompía la imagen construida en los últimos treinta años de la historia nacional. Debíó llegarse hasta los años sesenta y aun hasta los setenta para que el historiador fijara su atención en los estudios de carácter local o regional, lo cual no quiere decir que a lo largo de esos sesenta años no se hayan realizado investigaciones precursoras de la historia nacional basadas en el examen de problemas regionales. La historiografía de la Revolución mexicana ha resaltado el trabajo sobre la reforma agraria de los historiadores McCutchen y McBride y, en el campo de la historiografía colonial, el antropólogo Eric Wolf, desde 1955, supo ver la especificidad regional del Bajío en el siglo XVIII.

La historia regional en el presente siglo o, para ser más precisos, en su segunda mitad, entró en una nueva etapa, cuya explicación se encuentra en diversos factores. La historia nacional, como se había elaborado en la centuria pasada, ya no respondía a los requerimientos impuestos por la nueva nación. Los antropólogos estadounidenses, desde los años veinte, emprendían estudios aplicando el enfoque regional, y el trabajo de Paul Friedrich es un ejemplo clásico de ello. El propio gobierno, para poner en práctica sus políticas de desarrollo, necesitaba conocer mejor las partes constitutivas del país. Las investigaciones regionales que encomendó indujeron a los historiadores a fijar la vista en asuntos localizados y a inspeccionar el pasado desde la perspectiva regional. No está de más recordar aquí a don Ramón Fernández y Fernández, ilustre agrónomo que alentó a los historiadores a emprender ese tipo de estudios.

Mientras tanto los eruditos locales —portentos de conocimiento— seguían trabajando minuciosamente la historia de sus lugares de residencia. Por desgracia no plasmaron sus ideas en forma escrita, o lo hicieron parcialmen-

te, y así se perdieron verdaderas minas de saber. Recordemos aquí tan sólo a don Mariano Leal en Guanajuato o a don José Ramírez Flores en Guadalajara. Estos personajes no tuvieron contacto con las escuelas de historia y no transmitieron su conocimiento o lo hicieron de modo incompleto por canales que no cruzaron las instituciones.

La creación de escuelas de historia en las capitales de los estados impulsó el desarrollo de la investigación regional, aunque las condiciones físicas en que se conservaban los archivos locales dificultaba la tarea de los interesados. Cuántas anécdotas podrían contarse de los intentos de jóvenes historiadores por entrar a trabajar a los archivos locales sin lograrlo, situación que retardó y sigue retardando la elaboración de estudios, si bien ya no exactamente por las mismas razones de hace 25 años.

Podemos decir que el excesivo número de determinado tipo de estudios incapaces de contestar satisfactoriamente el sinnúmero de preguntas planteadas para entender el desarrollo de la historia nacional llevó al investigador a buscar nuevas perspectivas. La inquietud de saber y profundizar más crecía a medida que las indagaciones se ampliaban, y que el número de profesionistas se multiplicaba. Cada investigador tiene su explicación de cómo llegó al tema regional. Luis González encontró su camino muy pronto y muy personalmente en la “microhistoria”, al publicar en 1968 su *Pueblo en vilo*.

Pero aunque aún no se hablara de “historia regional”, el examen de temas regionales floreció en la década de los setenta y, debido a sus resultados y a la necesidad de comparar, matizar e integrar la historia regional al devenir de la historia nacional, investigadores, como Sergio Ortega Noriega, en un trabajo presentado en 1978, llegaron a decir que “es imprescindible atender a los procesos históricos regionales, si es que deseamos elaborar una explicación histórica más racional de la nación mexicana”.<sup>3</sup>

Carlos Martínez Assad, por la misma fecha, en un texto titulado *Reflexiones sobre historia regional*, escribió: “la preocupación por el conocimiento de los problemas regionales parece haber surgido de una manera espontánea y no como parte de un plan preconcebido, cuando menos en aquellos investigadores interesados en el periodo revolucionario”.

### *La nueva historia*

Los historiadores han recibido, durante los últimos treinta años, la influencia de las demás ciencias sociales, lo cual ha enriquecido sus exploraciones. Tal influjo llegó principalmente de Francia, por vía de la escuela de los *Annales*,

<sup>3</sup> Sergio Ortega Noriega, *Hacia la regionalización de la historia de México*, 1978.

con la que nuestros estudiosos establecieron un temprano contacto. Luis González, a quien la inquietud por los estudios locales o regionales le viene sin duda de nacimiento, afianzó su vocación durante sus estudios en Europa y, aunque durante largo tiempo se vio imposibilitado de darle libre cauce, lo logró cuando durante un año sabático pudo hacer lo que quiso y no lo que la academia le pedía.<sup>4</sup>

El contacto con las ciencias sociales, principalmente con la geografía humana “a la francesa”, permitió a los historiadores forjarse un concepto más elaborado de región. Los historiadores profesionales o científicos —como los llama Luis González— que se dedicaron al estudio regional tomaron poco a poco de sus colegas los temas y la metodología: la demografía, la economía, la antropología, etcétera. Para ello fue necesario desarrollar una gran imaginación no nada más para adecuar las preguntas a cada periodo histórico al que se le planteaban, sino también para allegarse documentos suministradores de información suficiente para responderlos. Éste es uno de los aspectos más interesantes del proceso; ciertamente lo que estaba sucediendo en Francia con la escuela de los *Annales* ayudó a descubrir nuevas posibilidades en los acervos de nuestros archivos: los precios del maíz, los diezmos, las alcabalas.

Así, los *nuevos temas por investigar* propiciaron el desarrollo de la historia regional, ya que el material con que se iba a trabajar era tan laborioso que resultaba preciso abordarlo parcialmente para lograr analizarlo, plantearle preguntas y obtener resultados. Los primeros estudios sobre producción agrícola y ganadera elaborados con registros de diezmos son una muestra de las transformaciones experimentadas entonces por el historiador y, en consecuencia, por su producción historiográfica. Lo mismo sucedió con las investigaciones demográficas, como las llevadas a cabo por Thomas Calvo y Claude Morin. Los resultados que se iban obteniendo mostraron cuán necesario era el enfoque regional, pues, al descubrir los comportamientos y patrones regionales, muchos postulados de la historiografía nacional resultaron obsoletos. Como dice Luis González cuando habla de la microhistoria: “es el aguafiestas de las falsas generalizaciones [...] siempre busca excepciones a la teoría que esgrimen las demás ciencias del hombre [...] la microhistoria sirve ante todo para señalar lagunas en los territorios de las otras ciencias sociales”.<sup>5</sup>

Trabajos como los de William Taylor ayudaron a descubrir o confirmar la diversidad de la historia regional, y la confrontación de ésta con la historia

<sup>4</sup> Luis González ha señalado cómo la lectura de historiadores franceses que abogaban por el desarrollo de la historia local lo animó a continuar su proyecto. Así ocurrió con la obra de Paul Leuilliot, *Défense et illustration de l'histoire local*, 1966. El mismo autor siguió propugnando por el desarrollo de este tipo de historia en *Histoire local et politique de l'histoire*, 1971. En este mismo año Jean Meyer publicó, en la *Revue Historique*, “L'histoire des provinces françaises et la rénovation des études régionales”.

<sup>5</sup> Luis González, *op. cit.*

nacional alimentó la curiosidad del investigador hasta conformar un movimiento de retroalimentación todavía con vida.

### *Planteamientos de la historia regional*

Se ha venido usando comúnmente la denominación historia regional —que no es sino una expresión genérica— para referirse a las diferentes formas de abordar el estudio de la historia particular de los diferentes componentes del territorio nacional. Sería ir a contracorriente considerar estudios de historia regional tan sólo a los caracterizados por delimitar el espacio que analizan y por probar que tal delimitación tiene un significado y una explicación. A lo sumo podríamos aceptar lo inconveniente de la denominación; sin embargo, ésta ha predominado, pese a contarse con otras más convenientes, como sería la de historia local, que es en realidad la más comúnmente producida y, de hecho, ésa fue la expresión usada en Francia para nombrar el tipo de labor histórica que Luis González ha llamado *anticuaria*.<sup>6</sup>

Coincidamos en que, pese a los inconvenientes, la denominación ha ganado su lugar. Pero esto no quiere decir que no podamos distinguir las diferentes formas de acercarse a la “historia regional”: desde la clásica y no muy bien vista historia de los estados y la historia local, hasta la particularísima microhistoria, la economicista que busca las cadenas que unen a la región con la economía mundial, la monográfica, etcétera.

Sin embargo, dos han sido las formas privilegiadas de abordar la “historia regional”. En una el investigador trabaja *libremente* temas de *historia local* o *anticuaria*. Este tipo de investigación se aviene muy bien a lo que dijo en 1967 el historiador francés Paul Leuilliot: “El historiador local siente incluso ciertas dificultades para delimitar a veces su campo de investigación, continuamente está tentado a desbordar, en lugar de restringirse a un tema preciso, el historiador local se niega a seleccionar los documentos.”<sup>7</sup>

Y continúa explicando el proceder en este tipo de historia: “Si el historiador local no menosprecia ni la historia religiosa, ni la historia literaria, es porque en la vida no distingue las disciplinas en tantas cátedras de facultad.”<sup>8</sup>

El propio Leuilliot nos indica la fuerte crítica que este tipo de historia sufre —en el mundo entero— a manos de los universitarios, quienes termi-

<sup>6</sup> Luis González, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989.

<sup>7</sup> Luis González, *ibid.*

<sup>8</sup> “Si l'historien local ne dédaigne pas d'avantage l'histoire religieuse, ou l'histoire littéraire, c'est parce que la vie ne distingue pas les disciplines en autant de chaires de facultés. L'historien local aurait encore d'autres, plus graves. Celui de croire au rôle des personnalités, des notables, en cherchant à sernir leur action, leur influence derrière les grandes mutations politiques, sociales, économiques.”

nan por reconocer que, pese a sus críticas, estos trabajos los ayudan a situar sus preguntas.

En la otra, el historiador, en busca de lo regional, parte de teorías e hipótesis, elaboradas muchas veces con ayuda de las demás ciencias sociales, cuyos investigadores se han preocupado por definir teóricamente su campo de estudio y precisar su metodología. No obstante este afán, los avances en la elaboración de una teoría y una metodología propias de la historia regional han sido lentos y no siempre satisfactorios. Primero porque se quiso formular un concepto de región útil para unificar criterios entre los diferentes científicos sociales.

Durante muchos años, al asistir a una reunión de científicos sociales en donde se discutían temas de carácter regional, sucedían dos cosas: o se criticaba al historiador por su falta de definición al no señalar exactamente su campo de estudio, su marco teórico y su metodología o, en un intento de unificar definiciones y criterios sobre lo que era una *región*, el debate se prolongaba indefinidamente y ganaba... el que más tiempo se quedaba.<sup>9</sup>

Este periodo quedó atrás. En la actualidad cada disciplina ha terminado por aceptar que las definiciones y lineamientos de una región son variados y cambian de una a otra y según el tema objeto de estudio. Así, los antropólogos, los economistas, los sociólogos y los historiadores dejaron de discutir sobre el *concepto* y cada uno se puso a trabajar de conformidad con las necesidades de su análisis. Ello, en cierta forma, ha vuelto a plantear la discusión sobre la existencia de las regiones y su correspondiente definición, porque tampoco es práctico encontrarnos —exagerando— con tantas regiones como investigadores; pero no nos empantanemos en este problema.

Con su nueva actitud, el historiador tuvo más libertad y se enriqueció, ya que pudo usar las teorías y metodologías de las otras ciencias sociales para buscar a su vez la unidad, el funcionamiento y los cambios de los espacios regionales tan añoradamente perseguidos. En este sentido los trabajos de Eric Van Young son una muestra de lo que se puede encontrar al utilizar no nada más el enfoque regional, sino también la perspectiva teórica conveniente. La antología presentada por Pedro Pérez Herrero, titulada *Región e historia en México (1700-1850)*, ha sido de gran utilidad por las proposiciones teórico-metodológicas que ahí se incluyen y por la actitud del compilador al especificar el periodo comprendido por sus estudios, como prueba inobjetable de que las regiones son cambiantes.

Dicho lo anterior, ¿consideraríamos que la historia regional dispone de “un marco teórico y una metodología”? Todo depende de lo que entendemos por marco teórico: si, como los científicos, entendemos por teoría el conjun-

<sup>9</sup> Me refiero concretamente al Primer Coloquio sobre Antropología e Historia Regional, que organizó El Colegio de Michoacán en 1979.

to sistematizado de ideas sobre un tema determinado, la historia regional no ha llegado a eso. En cambio, ya lo dijimos, se ha servido de las teorías elaboradas por otros científicos sociales.

Luis González, el hombre más reacio a los marcos teóricos, forjó el término de “microhistoria” y elaboró un buen número de “recetas” para realizar este tipo de investigación. Reconoce que en la historia local es muy importante el espacio, al que identifica en dos niveles: el del *terruño*, que muchas veces coincide con el parroquial y el municipal, y el de la *región*, que equivaldría a diez veces un terruño. La diferencia entre estos dos niveles estriba, según don Luis, en “la breve comunidad del terruño donde predominan los lazos de sangre y del mutuo conocimiento y la media comunidad de la región donde son particularmente importantes los lazos económicos”.

Por su parte, Guillermo de la Peña, al referirse en 1981 a los estudios regionales, señaló que no se podía elaborar una teoría general de las regiones, un tipo ideal. Sin embargo, para él es “un recurso metodológico de fundamental importancia”. De la Peña, como antropólogo social, se inclinó por una concepción del espacio regional como “un espacio socialmente creado, porque es socialmente vivido”.

Pedro Pérez Herrero, en el trabajo citado, editado en 1991, consideró que “lo que se ha llamado ‘ciencia regional’ aún no posee una unidad de análisis, por lo que lo ‘regional’ es contemplado desde diferentes puntos de vista”.

Parece ser que la elaboración de un marco teórico congruente y aplicable para los estudios regionales no estará listo para mañana. No obstante, hemos de reconocer que el simple hecho de plantear el problema ayudó sustancialmente a concebir un sinnúmero de trabajos que han enriquecido el conocimiento y la explicación de la historia de nuestro país. Se hizo evidente que el enfoque de los estudios regionales debe abordarse en múltiples formas y aspectos. Además, que cada periodo histórico tiene sus condicionantes y que un enfoque pertinente para el periodo colonial, ya no lo será para el siglo XIX. Igualmente, los postulados y búsquedas para el periodo revolucionario son, también, otros.

La historia regional, en sus diferentes formulaciones, ha progresado tanto, ha dado tantos frutos, que ha llegado a una nueva etapa: la de conjuntar los trabajos hasta ahora realizados y tratar de construir una visión de conjunto porque, como señala Pérez Herrero, la suma de los casos regionales no brinda mecánicamente una comprensión del conjunto.

